

74 AS

JONAS ANGE
LAB GREEN

1950

1950

^{ty}
DOÑA ANGELE
NA D GRECIA



JUAN D CONTRERAS

HESPERIA

LIBROS HISPANICOS
PLAZA LOS SITIOS, 10
ZARAGOZA

74 AS

Sig.: 74 AS

Tit.: Doña Angelina de Grecia : ensayo

Aut.: Lozoya, Juan de Contreras y López

Cód.: 51071790



58505

A Valentín de Zubirain, excelente artista y excelente amigo, compañero de mis excursiones por la divina tierra de Castilla, dedico este libro con todos mis afectos

DOÑA ANGELINA DE GRECIA

Juan
~~_____~~

legoria XXVII de agosto

MCMXIII

R-95677

DOÑA ANGELINA DE GRECIA

ENSAYO BIOGRÁFICO

POR

JUAN DE CONTRERAS

CON UNA CARTA-PRÓLOGO DEL

EXCMO. SR. CONDE DE CEDILLO

(DE LA REAL ACADEMIA DE LA HISTORIA)



SEGOVIA
ANTONIO SAN MARTÍN
IMPRESOR Y LIBRERO

—
1913



PRÓLOGO

SR. D. JUAN DE CONTRERAS Y LÓPEZ
DE AYALA.

QUERIDO sobrino Juan: Tu historia de doña Angelina de Grecia, cuyo manuscrito há pocos días me enviaste, me proporcionó con su lectura mayor contentamiento del que tú pudieras imaginar. Gracias, pues, te doy por el tal envío; que, cierto, no es poco de agradecer en tiempos tan azarosos, como los que atravesamos ó que nos atraviesan, la merced de algún papel en que para nada se miente á Romanones, la política al uso, el impuesto de

inquilinato, la subida del pan y demás zarandajas que tanto turban, perturban y conturban el ánimo y el bolsillo del pacientísimo Juan Español.

Te he dicho que me contentó mucho la lectura de tu historia; y te añadiré ahora que ello fué por dos razones de que quiero hacerte sabedor, bien que sospecho que ya las habrás columbrado.

Lo primero, harto conoces mis inveterados achaques históricos y literarios, que verisimilmente no me han de faltar sino cuando me falte la vida. La sosegada lectura de algún buen libro de Historia y el apacible rincón del hogar caldeado por el amor de la familia, son, en mi juicio, dos compensaciones otorgadas por la Providencia á la mísera prole de Adán para hacer más llevaderos el diario espectáculo de las injusticias sociales y nuestra peregrinación por este pícaro mundo. En secreto te lo digo, para no provocar la compasión ó la risa de alguno de esos *superhombres* que andan por ahí y á quienes tanto se les da de la Familia y de la Historia como á mí de las siete Cabrillas ó de las nubes de antaño.

Pero, digresiones aparte, y volviendo á tu noticia histórica de mi señora doña Angelina, digo que la tal historia, que por su asunto parece un capítulo arrancado de un libro de caballerías, es atractiva é interesante. El pintoresco éxodo de dos tiernas princesas que en vez de estarse quedas en sus dorados alcázares son traídas y llevadas de la Ceca á la Meca por cristianos y turcos y tártaros y presencian horripilantes batallas y padecen más ó menos duros cautiverios y dan consigo á la postre en otro remoto país donde hallan una segunda patria, inspirados cantores de su belleza, rendidos amadores, bienestar y reposo, no es un caso que se encuentra todos los días. El lector más ecuánime, «ó no tiene corazón» ó ha de sentir las desgracias y ha de compartir las alegrías de las asendereadas princesitas, á lo menos por aquello que dijo Terencio: *Homo sum, et nihil humani a me alienum puto.*

Además, la buena doña Angelina—y esto es para mí de muy particular interés—fué á parar á Segovia y se tornó segoviana y en Segovia vivió

largos años hasta el fin de sus días. Ahora bien, las cosas de Segovia me atraen con atracción irresistible. Segovia es para mí una á manera de romántica Trinidad en que las tres distintas personas—Naturaleza, Historia y Arte—forman un conjunto maravillosamente harmónico, una sola é individua Segovia verdadera. De segovianos vengo por varias de mis líneas maternas; que segovianos fueron y en la historia de Segovia suenan los del Hierro y los Arias Dávila, á quienes cuento entre mis abuelos. Y es también para mí Segovia la ciudad de los recuerdos infantiles y de los ensueños de adolescente; la ciudad, por fin, de las añoranzas de la primavera de la vida. Si yo no fuera toledano, querría ser segoviano. Bien haya, pues, tu ilustre abuela que por los puntos de tu pluma me regala con delectables visiones en que los rumores del Eresma y las auras de la Alameda parecen envolver y acariciar el murado recinto, el incomparable Acueducto, los románicos templos, los feudales torreones, la galana Catedral y el fantástico Alcázar.

Y voy al segundo motivo de mi contento, que en mi mente no es segundo, sino tan primero como el que acabo de razonar en lo que va de esta desmadejada epístola. Gózome, sí, sobrino, de ver que tu vocación literaria se afirma y robustece. Dame gusto advertir cómo se inspira en los asuntos que más de cerca tocan á un investigador y á un caballero, quiero decir, en la historia de la tierra natal y en la historia del propio linaje. Me place saber que un mozo de pocos años, casi un niño, por cuyas venas corre mezclada la sangre de los nobles Contreras de San Juan y la de aquel gran Canciller López de Ayala, honor y columna de la patria Historia, continúa las tradiciones familiares prefiriendo la péñola y los infolios á otros esparcimientos, menos provechosos, sin duda, pero más acostumbrados entre personas de su edad y condición.

Que Dios te asista é ilumine en la senda que has emprendido, apartando de ella los abrojos y esmaltándola de flores; y que á este y á otros felices ensayos de tu juventud, vayan sucediendo en

eslabonada cadena los ópimos frutos de la madurez para honra tuya y bien de las letras castellanas desea tu tío que te envía un estrecho abrazo

M. JERÓNIMO.

Madrid 12 de Febrero de 1913.



CABEZA DE LA ESTATUA YACENTE
DE DOÑA ANGELINA DE GRECIA

(Consérvase el original en la colección del Sr. General Ezpeleta).

I

CUANDO Segismundo, primer Emperador y Rey de Austria, Hungría y Bohemia, salió de la capital húngara de Buda en el estío del año 1395 para resistir el poder del gran turco Bayaceto, quiso llevar consigo quizá por la inseguridad en que quedaron las ciudades de sus Estados, á dos Princesas hijas del Duque de Esclavonia su primo y de muy corta edad ambas.

Pocas veces se había visto el horizonte europeo cubierto de más sombrías nubes. Para resolver sus discordias intestinas habían llamado los griegos á

las hordas turcas capitaneadas á la sazón por Amurates I. Acudió éste (caso muy repetido en la historia) más como conquistador y tirano, que como pacificador y amigo, amenazando no sólo al imperio de Bizancio sino también á los reinos vecinos y aun á toda Europa, constantemente expuesta á la ambición de los soldanes otomanos.

De todos los estados occidentales era Hungría el más inseguro y el menos prevenido. Así lo conoció su Rey, que era, como dejamos dicho, Segismundo de Luxemburgo, hábil político y excelente gobernante, el cual, en vista de las escasas fuerzas con que contaba, envió sus Embajadores al Rey Carlos de Francia haciéndole ver el peligro que corría toda la cristiandad si no acudían sus Príncipes unidos á detener la avalancha musulmana; y fueron los emisarios oídos de buen talante por el Monarca francés que hizo reunir un nutrido ejército compuesto en su mayor parte por gentes de á caballo á cuya cabeza se colocó Juan, hijo del Duque de Borgoña.

Hízose el llamamiento en forma de cruzada y

esta fué la causa de que se uniese á los que partían gran parte de la nobleza de Francia, entre ella Felipe su Condestable, y Enrique de Borbón. Llegado que fué este lucidísimo ejército á la capital de Hungría, celebraron sus jefes consejo con el Emperador y acordaron con él presentar combate á los turcos antes que se enfriase el entusiasmo de las tropas francesas; decidiose, pues, Segismundo á partir llevando con él su brillante corte en la cual iban las dos jóvenes Princesas Angelina y María.

Consiguió el ejército de los aliados algunos pequeños triunfos, y arrancó del poder de los turcos varios pueblos no de mucha magnitud; pero fueron bastantes estas prematuras ventajas para hacerles concebir una excesiva confianza que les hubo de ser fatal, pues les hizo aventurarse hasta los confines de Tracia en busca de su formidable enemigo.

Encontraron al fin cerca de la ciudad de Nicópolis al grueso del ejército otomano, mandado por Bayaceto que había sucedido ya á Amurates, su padre, y que llevado del ardor de sus pocos años,

había avanzado más que ninguno de sus antecesores, conquistando populosas ciudades y devastando riquísimas comarcas; y al ver aparecer en lontananza á los cruzados ordenó sus huestes, disponiéndolas al terrible choque de dos razas y dos religiones.

En la mañana del 29 de Septiembre, fiesta de San Miguel, del año 1395, se encontraron los dos poderosos ejércitos y comenzaron por ambas partes los últimos preparativos de combate. Dieron al fin los clarines la señal de ataque, y las dos masas humanas se precipitaron una contra otra, comenzando una de las más fieras batallas que registra la edad media tan fecunda en estos horrores. Pero el orgullo y presunción de los franceses privaron de la victoria á los cristianos y fueron la causa de su desastre, pues fiándose aquéllos en sus propias fuerzas, se adelantaron sin dejar tiempo á los húngaros para salir de sus reales y falta de unidad, la armada de la cruz fué prontamente deshecha.

Infinitos muertos cubrieron el campo en aquella memorable jornada; muchísimos fueron también los

prisioneros, entre ellos el mismo Juan de Borgoña, jefe de la fracción francesa y principal causante de la rota, y si el Emperador pudo huir, fué gracias á la rapidez del caballo que montaba.

Grande fué el botín que recogieron los turcos sobre el campo de Nicópolis: consistió en gran parte, de las armaduras, preseas y arneses de los caballeros francos y de los magnates magyares, mas todo el Real y Corte del Emperador Segismundo, quedando también en su poder con otras damas la Princesa Angelina y su hermana, que fueron objeto de grandes atenciones por parte de Bayaceto. Había éste, en el largo roce que tuvo con las naciones europeas, tomado algo del espíritu caballeresco que las animaba y que constituía su manera de ser en aquella edad; así, pues, trató á sus Reales prisioneras con el mayor respeto y cortesania, rodeándolas de tales comodidades y cuidados, que no pudieran por su falta echar de menos su patria y corte. «Obró, »dice un historiador, de tal suerte, compadecido de »sus desdichas y admirado de su belleza que despun-

»taba entonces, y que se anunciaba espléndida para »el porvenir».

La consternación producida por tal derrota fué muy grande, no solamente en Francia y Hungría, que habían perdido en ella muchos de sus hijos, sino en toda Europa que quedaba á merced del vencedor; así, pues, en todas partes se alzaban milicias y se pedía su triunfo al Altísimo con oraciones y rogativas; pero no fué necesaria una nueva efusión de sangre cristiana para librarse del soberbio enemigo, pues sucedió que atraído el scita Tumur-bec, comunmente llamado Tamorlán, por el botín y conquistas del turco, arrasó con sus hordas semi-salvajes, de Tartaria surgidas, la parte del Asia menor que pertenecía á Bayaceto y tuvo este que abandonar el cerco que había puesto á Bizancio después de la batalla de Nicópolis, para castigar al atrevido descendiente de Genghis-Khan.

Partió, pues, el Sultán para el Asia, llevando con él como preciados rehenes á María y Angelina de Hungría que abandonaron su patria como débiles

plantas que arrancadas por el ímpetu de un río que se desborda, son llevadas por la corriente, al volver á su cauce, lejos del jardín en que se criaron. Larga fué la peregrinación de las dos Infantinas por el Asia é inmensas las penalidades que en ella hubieron de pasar, aunque asistidas por sus damas y regaladas por el Sultán, pues tardó este muchos meses en llegar á la Anatolia y durante este tiempo estuvieron sujetas al bullicio y fatiga de los campamentos. Llegaron, por fin, al monte Tauro en una de cuyas estribaciones llamada monte Stella, encontraron las avanzadas de los tártaros mandados por Tamorlán, y ansiosos los unos de conservar su fama, y los otros de adquirirla grande, preparáronse á combatir allí donde lo hicieran luengos siglos antes el romano Pompeyo y Mitrídates, Rey del Ponto.

Asombran las raras vicisitudes por que hizo pasar la fortuna á las doncellas, pues las llevó niñas aun por tan lejanas tierras, y las hizo presenciar en tan breve tiempo dos encuentros decisivos en los

cuales se jugó la suerte de gran parte de la humanidad; pero si en Nicópolis dependía la libertad de las dos Princesas del triunfo de uno de los ejércitos, en el monte Stella sólo se trataba para ellas de cambiar de señor y amo, y la Providencia las puso en poder del más duro y cruel de ambos, aunque basándose en este suceso al parecer adverso, para su liberación definitiva. Pues sucedió que chocando los 700.000 scitas de Tamorlán con el ejército turco de Bayaceto, se trabó una reñidísima batalla en la cual murieron 200.000 hombres, y la victoria, al principio dudosa, declaróse al fin por Tumor-bec.

Bayaceto y sus cautivas fueron llevados á presencia del vencedor «hombre de gran cuerpo y »corazón, de gentil denuedo y presencia, que para »cualquier afrenta escogieran entre mil» y demostró esto último con el trato que dió al infeliz Sultán al cual paseó por toda el Asia en una jaula de hierro, de la cual sólo le sacaban para que el déspota Tamorlán subiese á caballo valiéndose de sus hombros, y haciendo prosternar á sus pies la orgullosa

testa que quiso erguirse sobre todos los Reyes del mundo. No hubieran las doncellas húngaras encontrado en el tártaro la benignidad con que las trató Bayaceto, pues á su nuevo dueño no le conmovían llantos femeniles, como lo probó hollando con su corcel á las jóvenes, que salieron á pedirle el perdón de la ciudad de Berito; así, pues, salvó la suerte de su juventud y su belleza un nuevo acontecimiento que había de cambiar por completo la faz de su vida.

Deseando el Rey Enrique III de Castilla, débil de cuerpo, pero de alma fortísima y bien templada, dar á conocer su nombre á los Monarcas extranjeros, mandó embajadas á muchos, ofreciéndose por amigo y solicitando su amistad, y entre ellas fué una de las más importantes la que envió á Tamorlán, poderoso señor de la Scitia. Fué nombrado para esta embajada, Payo Gómez de Sotomayor, uno de los más nobles caballeros de Galicia, Mariscal de Castilla, miembro de la orden de la Banda y señor de Rianjo, Sant Tomé, Lantaño, Villamayor, Postomarcos y otros muchas villas, amén de quince feligresías y

un sinnúmero de fortalezas y castillos. Acompañábale Fernán Sánchez de Palazuelos, también calificado personaje, y ambos Embajadores llegaron á la Anatolia en el momento en que tenía lugar la terrible batalla del monte Stella, la cual presenciaron, y cuando ya declarado el triunfo por parte de los tártaros, recibía Tumur-bec en su tienda al Sultán Bayaceto y á las dos Princesas Angelina y María, presentóse en ella Sotomayor, ofreciendo al caudillo la estimación y afectos de Enrique, Rey de las lejanas comarcas de Castilla.

Recibió el tártaro la embajada con muestras de suma complacencia, pues colmaba su orgullo de advenedizo, el ser cumplimentado por un tan poderoso y apartado Monarca, y quiso que á su vuelta llevasen consigo un emisario con cartas y presentes para su Rey. Nombró Tamorlán para esta misión á un caballero catay, de su casa y familia, llamado Mahomet Alcaxi, que recibió el encargo de presentar á Enrique III una muestra de cuanto en sedas, tapices y pedrerías produce el Oriente;

y sin duda compadecido el de Sotomayor de la desdichada suerte de las doncellas húngaras que en poder de Tumor-bec se hallaban, pidió á éste, que las uniese á la embajada para ponerlas bajo la protección del Rey de Castilla y concediólo Tamorlán, pensando con ello aumentar la riqueza de su obsequio.

Partió Tamorlán á Smarcanda á gozar del ópimo fruto de sus victorias, y Payo Gómez de Sotomayor volvióse á dar cuenta de su misión, llevando consigo, como prueba de su buen éxito, al caballero catay portador de riquísimos presentes, y á las dos bellas Infantas, por una de las cuales comenzaba á sentirse vivamente interesado. Embarcaron el Embajador y su séquito en uno de los puertos del Mediterráneo, y tras una navegación, cuyos detalles ignoramos, llegaron á la desembocadura del Guadalquivir de donde pasaron á la populosa ciudad de Sevilla.

Y de esta manera entraron en los Reinos de España que habían de ser para ellas una segunda

patria, Angelina y María de Hungría «para cuyos
 »infortunios, dice el Lcdo. Colmenares, la fortuna
 »hizo teatro la mayor parte del mundo, pues habiéndolas
 »sacado cautivas en tierna edad de Hungría, su
 »patria, las llevó entre prisiones y horrores militares
 »al Asia y de allí las volvió con fatigadas peregrina-
 »ciones á los últimos términos de Europa. ¡Oh
 »mortales, cuán incierto es el sepulcro aun de los
 »Reyes!»¹

Fué recibida la comitiva con grandes muestras de regocijo, por el pueblo de Sevilla, admirado de la apostura y brío de los castellanos, de los extraños trajes y preseas que traían los del séquito de Alcaxi, de los raros objetos nunca vistos en aquellos parajes, que éste llevaba para el Rey de España y de la singular hermosura de las cautivas: la cual cantó, como luego diremos, el poeta Micer Francisco Imperial, que residía á la sazón en la ciudad del Betis.

¹ COLMENARES: *Genealogía de los Contreras de San Juan*, cuyo original, de puño y letra del ilustre cronista de Segovia, se conserva en el archivo de los Marqueses de Lozoya.

No se detuvieron los Embajadores mucho tiempo en esta ciudad, emprendiendo pronto el camino de Madrid, donde entonces se hallaba Enrique III, y en pocas jornadas llegaron á la villa de Xodar, que pertenecía á Luis de Sotomayor, primo de Payo Gómez, en honor del cual se hicieron en la villa grandes fiestas, como músicas y luminarias; al salir de ella hizo el Embajador sentar sus reales junto á una no muy lejana fuente, y como se hubiese adelantado al resto de la comitiva con las dos damas, concibió Payo Gómez el propósito de declarar su pasión á Doña María cuyas perfecciones había admirado durante el viaje y habían hecho honda mella en su espíritu; y allí, en el silencio de la noche, sólo turbado por el rumor de la fuente, confióla sus amores que fueron bien correspondidos por la Infanta, á quien tampoco el niño Cupido había dejado ilesa, ante el gallardo y varonil talante del caballero; y nuestro buen pueblo que conmemora con cantares aquellos sucesos que hieren su imaginación, señaló este amor así:

DOÑA ANGELINA

En la fontana de Xodar
Vi la niña de ojos bellos
E finqué ferido de ellos
Sin tener de vida un hora.

Nada más de notable hemos de reseñar en el resto del trayecto hasta Alcalá de Henares, donde fué recibida la comitiva por el Rey, muy contento con haber conseguido el objeto de la expedición (que no era otro que el de que Tamorlán no estorbare sus conquistas contra moros), y que aceptó con gusto y agradecimiento los presentes del scita, que venían acompañados de una carta cuyo comienzo era el siguiente: «El Rey Tumur-bec el honrado »tabor varmacian, al Rey de las ciudades y lugares »de Castilla y Leon. Dure su tiempo y buena fama »en bienes famosos, en noblezas generales y en »gracias cumplidas. Hágole saber que su carta llegó »á nos en paz y en seguridad, que la trajo Payo »y Fernan Sanchez».

Compadeció Enrique la desgracia de las reales doncellas y ofreciólas su apoyo proponiéndose darles

algún rico y noble caballero por marido; pero quiso la suerte que se enterase de los amoríos de Payo de Sotomayor con Doña María, y causáronle grande enojo, estimándoles como un grave desacato á su persona por venir las damas encomendadas á la regia protección, y decretó la prisión del magnate, el cual huyó á sus tierras de Galicia, y no sintiéndose allí seguro contra la ira del Rey, pasó al reino de Francia, hasta que perdonados sus yerros, volvió á la Corte donde obtuvo la mano de Doña María, á la cual tenía sobrados derechos, pues érale deudora la Infanta de la libertad y aun acaso de la vida; terminando así la romancesca historia de sus amores.

Marchó, pues, Doña María ¹ á los feudos que

¹ Payo Gómez de Sotomayor casó en segundas nupcias con Doña María de Hungría, pues era viudo de Doña Mayor de Mendoza de la cual tenía hijos, que también tuvo en el segundo enlace.

Fué sepultado el Embajador en el Monasterio de Santo Domingo de Pontevedra y Doña María en otro Convento á tres leguas de esta ciudad.

su marido poseía en Galicia, y allí la dejaremos para ocuparnos en Doña Angelina, su hermana, figura principal de esta narración ¹.

¹ Argote de Molina, en el proemio de su *Historia de Tamorlán*, refiere la embajada de Payo Gómez, la venida á España de las Infantas y el episodio de los amores de Doña María con el Embajador, juntamente con otros detalles que transcribimos en el curso de nuestro relato.

II

Antes de pasar adelante, es preciso que reseñemos ligeramente el linaje de nuestra Infanta.

Fué Doña Angelina hija del Conde Ivan de Hungría, Duque de Esclavonia, y vástago de la casa de Anjou, que entonces reinaba en Hungría, Nápoles y Sicilia, Príncipe del cual hacen mención los Santamartas.

En cuanto á la madre de la dama, aunque nada concreto dicen sobre ella los historiadores, suponemos que debió ser una princesa griega, atendiendo á que fué su hija llamada siempre Doña Angelina

de Grecia y al ser antiguamente muy usado en Castilla nombrar á las hembras de un linaje y aun alguno de los hijos menores de él, por el apellido materno. Además ya hablaremos de la carta que á un nieto de Doña Angelina escribió un Príncipe de Grecia, tratándole como á próximo pariente.

Fué hijo el Conde Ivan, de Andrés, Rey de Hungría y de Sicilia (aunque no reinó de hecho más que en este último país), y que estuvo casado con Juana I, Reina de Nápoles. Murió el Rey Andrés, que floreció hacia el año 1340, asesinado en el Monasterio de Aversa por los Condes de Évoli y Terlizzi ¹ jefes de una conspiración tramada contra su persona. Era hijo Andrés, de Carlos II, Rey de Hungría y de la Reina Isabel de Polonia.

¹ El asesinato del Rey Andrés fué uno de los más misteriosos acontecimientos de la edad media italiana. Su esposa, la bellísima Reina Juana de Nápoles, de Sicilia y de Jerusalén, Duquesa de Capua, fué acusada de complicidad en la muerte de su marido y llevada ante el tribunal del Pontífice por el Duque de Durazzo, hermano de Andrés. El Papa absolvió á Juana declarándola inocente.

El Doctor Don Juan Alonso Calderón, del Consejo del Rey Felipe IV, en su obra *Compendio universal de la católica monarquía española* ¹ dice ser Doña Angelina no nieta, sino biznieta del Rey de Sicilia, pero nosotros preferimos la opinión de Colmenares comprobada por la inscripción del sepulcro de esta señora.

Nació la Infanta en Hungría, aunque no sabemos en cual de sus ciudades, hacia el año 1380; tenía, pues, 15 años cuando fué hecha prisionera por primera vez en Nicópolis y 18 cuando en 1398 vino á España. Convienen todos los historiadores, en que fué Doña Angelina, á cuyo nombre anteponian en Hungría el de Sengil, de rara hermosura. Argote de Molina, en el proemio de la historia de Tamorlán, dice que fué una de las más hermosas damas de su

¹ En esta obra, publicada hacia el año 1655, en su segundo tomo, lib. I de los Reyes de Nápoles, dice el Doctor Calderón que el Conde Ivan fué hijo de Esteban de Hungría, Duque de Dalmacia, hijo del Rey Andrés.

siglo, y lo mismo indican Colmenares y Rodrigo Méndez Silva. Era nuestra dama alta y bien formada de cuerpo, de bellissimo rostro, de dulce y honesta expresión, y de porte majestuoso y señorial, revelador de la alteza de su condición. Todas estas cualidades las cantó Micer Francisco Imperial, caballero genovés, gran cultivador de la Gaya Ciencia, en la cual se distinguió como imitador del Dante y que fué uno de los más delicados poetas de la Corte de Castilla. Residía por entonces Micer Francisco en la ciudad del Betis, en la cual compuso sus mejores canciones encomiando la peregrina belleza de las mujeres sevillanas, y sin duda presenció la entrada en esta ciudad de Payo Gómez de Sotomayor y de Mahomet Alcaxi con su brillante cortejo, y á la vista de la cautiva de Tumor-bec, que formaba parte de aquél, escribió la siguiente poesía en la cual admira sus gracias y se duele de sus infortunios:

CANCIÓN QUE HIZO MICER FRANCISCO IMPERIAL
Á DOÑA ANGELINA DE GRECIA

Gran sosiego y mansedumbre
fermosura e dulce ayre
onestidad e sin costumbre
de apostura e malvexaire
de las partidas del Cayre
vi traer al Rey de España
con altura muy extraña
delicada e buen donayre.

Ora sea Tarta o Griega
en quanto la pude ver
su disposicion non niega
grandioso nombre ser.
Que debe sin duda ser
mujer de alta nación
puesta en gran tribulacion,
depuesta de gran poder.

DOÑA ANGELINA

Parecia su semblante
 dezir ¡Ay de mi! cautiva
 conviene de aqui avante
 que en servidumbre viva
 ¡O ventura muy esquivá!
 ¡Ay de mi porque nací!
 dime que te merecí
 por que me faces que viva!

Grecia mia Cardámo
 ¡O mi sengil Angelina!
 dulce tierra que tanto amo
 do nace la tal rrapina
 ¿Quién me partió tan ayna
 de ti et tu señorío
 e me trajo al grande río
 do el sol nace e do se empina?

Es muy notable en esta canción la sencillez, exenta de los alambicados conceptos que en sus composiciones solía prodigar Micer Francisco. En-

contrábase esta poesía inserta entre las de Alvarez de Villasandino, en la biblioteca del Escorial, pero ha debido desaparecer de allí y únicamente la hemos podido hallar en el proemio de la historia de Tamorlán, por Argote de Molina, que se conserva en dicho Monasterio. También es fácil que se refiera á Doña Angelina otra composición que el mismo autor dedica á una dama extranjera que conoció en Sevilla y á la cual no nombra. Esta composición comienza así:

Por Guadalquivir arribando
vi andar en la ribera
con un gabilán cazando
una doncella señora.
Luego conocí que era
de muy extraña partida
segunt venía vestida
en semblante y en manera
de un fino xamete gris
traie una hopalanda
enferrada en cendal vis &. &.

Esta composición está escrita en el estilo alegórico tan usado por el autor, y en ella pondera sobre todo extremo la discreción, bondad y hermosura de la dama.

No es extraño, pues, siendo tales las dotes de Doña Angelina, que no pasase mucho tiempo sin que acudiesen pretendientes á su mano, y elegido por el Rey, fué un caballero segoviano llamado Diego González de Contreras, hijo de Fernán de Contreras, Maestresala de Palacio y de Doña María de Guzmán.

Era Don Diego, Señor de la casa de Contreras y pertenecía á una antiquísima familia procedente de la de los Condes de Castilla, que se estableció en Segovia en la décima centuria. Desempeñaba el cargo de Regidor perpetuo de Segovia, hereditario en su casa y fué uno de esos Regidores orgullo de nuestra Ciudad y á cuya entereza, prudencia y energía, debieron su esplendor, sus antiguas instituciones, y distinguióse como tal en los disturbios ocurridos en esta Capital con motivo de la escandalosa venta que

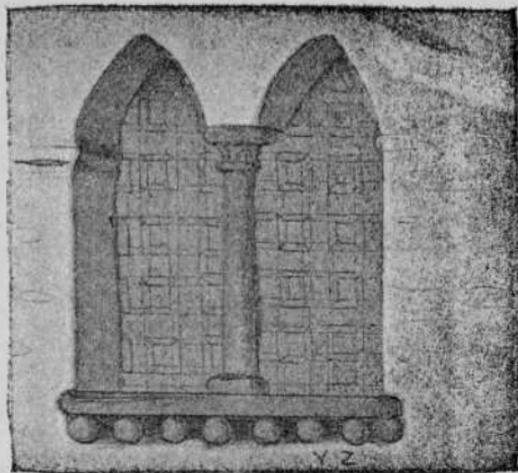
se hacía de los principales cargos de su Ayuntamiento para subvenir los gastos de la guerra que á la sazón seguía contra los moros granadinos. Llamado en esta ocasión Diego de Contreras á deliberar con otros Regidores, demostró gran firmeza y discreción, debiéndose á él en gran parte la acertada solución que se dió al asunto.

Casó pues este caballero, que ya había pasado los límites de la primera juventud, con nuestra Infanta, y tal casamiento, además de llevar á su lado una mujer joven y muy bella, colmó su orgullo de hidalgo castellano con el altísimo linaje y real prosapia de la que ya se llamaba su esposa y este orgullo transmitióse á sus sucesores que hicieron gala de su ascendencia en infinidad de memoriales y peticiones á la corona en demanda de títulos, hábitos militares y toda clase de dignidades.

Llegó Doña Angelina (á quien se dió, como antes dijimos, en nuestra Ciudad el apellido De Grecia) á la patria de su marido hacia principios del año 1399 y habitó con aquél en su casa solariega en la parro-

quia de San Juan de los Caballeros, donde estaban situadas la mayor parte de las de los nobles linajes que tenían en esta iglesia su enterramiento. Era esta casa la señalada con el número uno en la antigua plazuela de San Juan, llamada hoy de Colmenares, que constituye un típico rincón de Segovia limitado por las murallas, desde las cuales se domina un extenso y austero panorama. Forman esta poco transitada plazuela, además de la vetusta mole de la iglesia cuyos dorados sillares ostentan fantásticas y minuciosas labores bizantinas, varias antiguas edificaciones, una de las cuales es la casa donde vivió el ilustre Colmenares, y en otra de ellas, situada casi enfrente de la gótica portada de San Juan, vivió la dama húngara, y nos fundamos al hacer tal afirmación, en coincidir exactamente este edificio con la situación que señala el cronista de Segovia á la casa primitiva de los Contreras, y además por ostentar sobre una de sus puertas y en los capiteles de las columnas del patio, los blasones de Don Diego y Doña Angelina. Consérvase en esta casa un bello

ajimez con su correspondiente portaluz, amén de un notable patio parecido á los que se ven en muchas



Ajimez de la casa de Doña Angelina de Grecia.

antiguas casas segovianas. Pertenece ésta en la actualidad al Conde de Superunda.

Cuando no llevaba aún nuestra dama mucho tiempo de residencia en Segovia, murió su protector el Rey Enrique III de Castilla y en este espacio vieron la luz primera sus dos hijos varones, Fernán

de Contreras el primogénito, Juan que como segundón siguió la carrera eclesiástica, y su sola hija á quien dieron el nombre de la santa Reina de Hungría y que por su matrimonio llamóse luego Doña Isabel de Cepeda.

Comenzó entonces con el reinado de Don Juan II una época de suma importancia para nuestra Ciudad pues hicieron su residencia habitual en ella el Rey niño y su madre y tutora la Reina viuda. Fué, pues, Doña Angelina, testigo presencial de los graves acontecimientos que turbaron la minoría del Rey, cuya tutela fué con tanto afán y con tan poco provecho disputada, y pudo presenciar la jura del nuevo Monarca que se celebró en nuestra antigua catedral el 15 de enero de 1407 y las muchas intrigas y turbulencias motivadas por la ambición de la Reina madre y la lealtad del Infante de Antequera; pero pasado tan borrascoso período, pudo gozar también de la animación que esparcían á su alrededor las figuras de una Reina joven y de un Rey galán y mozo.

No tuvo jamás Segovia época más esplendente que aquella en la que fué residencia de los Reyes y Corte y cabeza de las demás ciudades de Castilla. Dábanse en su Alcázar magníficas fiestas, en las cuales brillaban cortesanas bellezas cantadas por las almibaradas lirras de los poetas al modo provenzal; recibíanse en sus salones tan lucidas embajadas como la del Duque de Bretaña y la del Rey portugués y en sus tranquilos y rientes sotos dominados por las torrecillas del Alcázar, y regados por el rápido y clarísimo Eresma, justaban vengando sus agravios, tan bravos paladines como el de Velasco, armado allí mismo caballero por mano del Rey de Castilla, y mantenían sus empresas tan gallardos aventureros como los que seguían al alemán Micer Roberto, Señor de Balse.

Y en esta corte de poetas, damas y caballeros que rodeaban á un Rey caballero y poeta, nos es fácil imaginarnos la bella figura de Doña Angelina, admirada y festejada por todos cuantos su rara hermosura veían, y cantada por aquel tropel de trova-

dores, cuyos plectros sólo eran doctos en materias de amor y galanura.

También debió nuestra Infanta alternar en Palacio donde era bien quisto su esposo, cuyo padre desempeñó muchos años un alto cargo palatino, y aun ella misma, como ahijada del difunto Rey Don Enrique; y por último, hemos de suponerla (puesto que sólo suposiciones podemos hacer, dada la escasez de documentos que iluminen esta última fase de su existencia), viviendo la señoril y sosegada vida de las ricashembras de aquella época, entregada al cuidado de sus hijos en la casona solariega de San Juan de los Caballeros, dentro de aquellos muros que había honrado siglos antes la presencia de un gran santo español, Santo Domingo de Guzmán, que en ella habitó cuando vino á Segovia á fundar para su orden el convento de Santa Cruz.

Murió Don Diego González de Contreras y Guzmán en el año de 1437 ya muy anciano, pues pasaba de los 70 años de su edad; en cuanto á Doña Angelina tenemos motivos para creer que le sobre-

vivió algún tiempo, aunque ningún historiador indique la fecha de su muerte, y sí únicamente que lanzó su último suspiro en esta Ciudad de Segovia.

Y así se extinguió tranquila y olvidada aquella Princesa nacida en lueñes tierras, y quien después de haber recorrido gran parte de Europa y de Asia, visto infinidad de contiendas y batallas, y de haber sido puesta dos veces en prisiones, vino por raro capricho de la fortuna á nuestra patria en su época de mayor esplendor, á brillar en una corte galante y caballeresca, dorada por los primeros albores del renacimiento. Pasó ella, y poco después perdióse en las sombras del turbulento reinado del cuarto de los Enriques, aquel ciclo de fuerza y de belleza, cuya desaparición arrancó al poeta Jorge Manrique lágrimas tristísimas que se fundieron en estrofas inmortales.

¿Qué se hizo el Rey Don Juan?

Los Infantes de Aragón

¿Qué se hicieron?

.....

DOÑA ANGELINA

Las justas y los torneos

Paramentos bordaduras

E cimeras

¿Fueron sino devaneos?

¿Qué fueron sino verdura

De las eras?

¿Qué se hicieron las damas

Sus tocados, sus vestidos

Sus olores?

¿Qué se hicieron las llamas

De los fuegos encendidos

De amadores?

.....

¿Dónde iremos a buscarlos?

¿Qué fueron sino rocío

De los prados?...

III

Fueron sepultados Don Diego y su mujer en la capilla mayor del Convento de Santa Cruz sobre el cual tenía patronato la casa de Contreras, pero cuando los Reyes Católicos se apropiaron de él, privando de sus derechos á esta familia, fué trasladado el cuerpo de Doña Angelina por sus hijos, á la iglesia de San Juan, donde le dieron enterramiento enfrente del altar mayor junto á la capilla de Fernán García de la Torre, y sobre su sepulcro pusieron una laude de piedra de pizarra, con la siguiente inscripción:

DOÑA ANGELINA

AQVI YACE LA MVY HONRADA DOÑA
ANGELINA DE GRECIA, HIJA DEL
CONDE IVAN Y NIETA DEL REY DE
VNGRIA. MVGER DE DIEGO GON-
CALEZ DE CONTRERAS.

y debajo de ella el bláson de los Reyes de Hungría consistente en un león rampante con corona real, armas que desde entonces usan sus descendientes en uno de los cuarteles de su escudo.

Pero parece que la que tanto había corrido en vida por el mundo, no había de hallar ni aún después de su muerte reposo en él, pues encontrándose ruinoso la iglesia de San Juan, fueron trasladados sus restos y sepulcro á la vecina de San Pablo ¹ juntamente con una estatua yacente (que no sabemos si estaría en el primitivo sepulcro de Santa Cruz ó se colocaría después sobre él) y más tarde en tiempo muy aproximado al nuestro, al demolerse aquella

¹ Probablemente en el año 1871, en el cual se sacaron de San Juan, los más notables túmulos que existían en esta iglesia.

iglesia, trasladóse el cuerpo de Doña Angelina á la de las Dominicas, de la cual era patrono entonces Don Luis de Contreras y Thomé, VII Marqués de Lozoya y bajo el pavimento de la capilla principal de esta iglesia, reposan los restos mortales de la Infanta. En cuanto á la laude de piedra citada por Colmenares, fué llevada á una casa particular donde se hallaba hace poco tiempo ¹.

Tres, como hemos indicado, fueron los hijos, fruto del matrimonio de Doña Angelina de Grecia.

¹ Concedióse al Sr. Marqués de Lozoya autorización para trasladar el cuerpo de Doña Angelina, que yacía en la derribada iglesia de San Pablo, en virtud de un acuerdo de la sesión del ayuntamiento del 21 de abril de 1880, cuyo extracto tenemos á la vista.

No es por lo tanto exacto que el ilustre artista Don Daniel Zuloaga, actual poseedor de la iglesia de San Juan de los Caballeros, haya encontrado en ella el cuerpo y sepulcro de la Infanta, no solamente porque nos consta como cierto cuanto acabamos de exponer, sino también porque Doña Angelina de Grecia, muerta á mediados del siglo XV, no podía reposar en el sepulcro románico sin inscripción hallado por Zuloaga y cuya situación y señas no concuerdan además en nada con las que señala Colmenares al enterramiento de la dama húngara. El encontrado por Zuloaga pudo ser el de alguna otra dama de la familia de los Contreras de San Juan.

El mayor Fernán González de Contreras, sucedió en la casa de sus padres, fué también Regidor de Segovia, y como representante de los nobles linajes, tomó parte activa en 1433 en el conflicto de los regimientos, casó con Doña Leonor Vázquez de Cepeda, nieta de Alfonso García de Cuéllar, Contador mayor de Juan II. Hija única de la de Grecia fué Doña Isabel, que casó con Rodrigo de Cepeda y Tordesillas, é hijo segundo de Don Diego y Doña Angelina, fué Juan González de Contreras, uno de los más claros varones que han ilustrado nuestro suelo.

Nació Don Juan de Contreras llamado comúnmente Juan de Segovia ¹, en esta Ciudad hacia el

¹ Fué muy común entre los miembros de su familia que siguieron el estado eclesiástico, cambiar su apellido por el de Segovia.

Todos los autores que hablan de este ilustre segoviano, incluso el mismo Colmenares en varias de sus obras, le hacen hijo de Don Diego y Doña Angelina; pero el erudito Doctor Baeza, en su tratado sobre segovianos ilustres, lo pone en duda, basándose en que del hijo segundo de nuestra Infanta descenden los Condes de Covatillas, Vizcondes de Laguna de Contreras; pero esto es inexacto, pues esta casa tiene su origen en Gaspar de Contreras, abuelo de Don Diego.

año 1400, estudió en la Universidad de Salamanca juntamente con Don Alonso de Madrigal, llamado *el Tostado*, y con Don Lope de Barrientos. Salió consumadísimo en Filosofía, Dialéctica, Derechos y Teología; y fué Canónigo de Toledo y Arcediano de Villaviciosa.

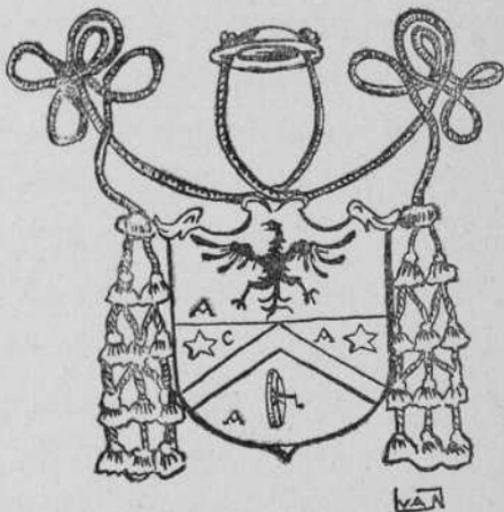
Habiéndose convocado por el Papa Eugenio III Concilio general en Basilea, envió Don Juan II como Embajador suyo en el Concilio, al Cardenal Don Alonso Carrillo, y muerto éste en el año de 1434, nombró el Monarca nuevos Embajadores, entre ellos á Don Juan de Contreras, como representante de la Universidad de Salamanca. Y distinguióse tanto nuestro segoviano en las disputas del Concilio, que se le encargaron sus dos principales cuestiones, que fueron la reducción de los herejes bohemios y la unión de las iglesias griega y latina; cuestiones que estudió Don Juan con grande ardor y lucimiento, trabajando en ellas hasta el año 1437, fecha en la que murió Don Diego de Contreras, su padre. Pero su mayor gloria consiste en que discutiéndose en el

Concilio, el dogma de la Inmaculada Concepción, encargóse de la defensa de él, nuestro Juan de Segovia, el cual en 7 alegaciones y 146 artículos, fué el primero en defender *que la Virgen madre de Dios fué concebida sin mancha de pecado original*. «Honor de »nuestra nación, dice Colmenares, y gloria de nuestra patria, fué, que entre tantos varones tan doctos »se encargase á un español y un segoviano empresa »tal, de devoción tan continuada en España». En muchos otros asuntos interesantísimos, tomó parte principal nuestro segoviano como Embajador del Rey de Castilla, tratando de concertar á los Padres Basilienses, y como miembro del Concilio, oponiéndose á la deposición del Pontífice Eugenio.

Terminó el jueves 5 de noviembre de 1440 un cónclave, en el cual fué elegido Papa el Príncipe ermitaño Amadeo, Duque de Saboya y el Concilio que seguía en la Ciudad de Basilea, nombró Embajadores que notificasen al nuevo Papa su elección y entre ellos á Juan de Segovia, el cual llegó con los demás al monte Ripalia y condujo al Pontífice á la

ciudad de Basilea con grande y lucido acompañamiento. Refiérello todo esto Eneas Sylvio que luego fué Papa con el nombre de Pío II y que mantuvo siempre estrechísima amistad con Juan de Segovia.

Ocupó también nuestro Doctor un alto cargo en la dieta que celebraban los Obispos de Francia por encargo de su Rey, y haciendo Amadeo segunda creación de Cardenales el 12 de octubre de 1441 fué uno de los elegidos Juan de Contreras, del orden de los presbiteros con el título de Santa María Transtiberim con el adjunto blasón de armas.



Blasón Cardenalicio de Juan de Segovia.

Usó Don Juan título, insignias y dignidad de

Cardenal hasta que habiendo renunciado Amadeo al Pontificado en 1447, renunció también el Doctor al Cardenalato, si bien fué nombrado por San Pedro Nicolao V, Arzobispo de Cesárea y después confirmado nuevamente Cardenal, según aseguran muchos autores. Retiróse por último á un monasterio en el más solitario lugar de su diócesis, en el cual ocupó los últimos años de su vida en escribir una admirable refutación del Corán, que fué la base de cuantas después se escribieron.

Debe, pues, nuestra patria á Doña Angelina de Grecia un hijo clarísimo, que al tomar el nombre de su Ciudad natal, la honró ante las naciones.

.....

Terminaremos en breves líneas nuestro relato acerca de la Infanta húngara digna por sus extrañas aventuras de más experto cronista que hubiese sabido mejor realizarlas.

Nieto de la dama, hijo de Fernán de Contreras su primogénito, fué Rodrigo de Contreras, uno de los Regidores á quienes corresponde la gloria de

haber jurado por Reina á la grande Isabel y que años después formó parte de la diputación de la nobleza de Segovia que fué á cumplimentar á la Reina Doña Juana. Guardó Don Rodrigo viva siempre la memoria de su ilustre abuela y en su testamento otorgado en Segovia en 14 de octubre de 1503, escribió lo que sigue: «Que cuando nuestro Señor Jesucristo le pluguiere me levar de esta presente vida, que mi cuerpo sea sepultado en la iglesia de San Juan junto con la sepultura de mi abuela Doña Angelina de Grecia que Dios aya».

A este caballero, nieto como vemos, de la Infanta y no hijo como indica Argote de Molina, escribió Don Zuben, Príncipe de Grecia, la siguiente carta la cual denota, dice Colmenares, «Animo real y generoso además del reconocimiento de un próximo parentesco.»

«Cayre Don Zuben a ti Rodrigo de Contreras mi primo. Salud en el Poderoso.

»He sabido de gente de tu tierra que vives no en tanto deleite como a ti conviene segun tu linaje.

»Vente con tus parientes a mi que con lo que el
»Poderoso me dió bastará para todos, tu en tu ley y
»yo en la mia. Traeras con tigo a los hijos de Cris-
»tiana, nuestros primos que alla tambien estan.

»El Poderoso te guarde y te me deje ver».

FIN

ACABÓSE DE IMPRIMIR
ESTA HISTORIA DE DOÑA
ANGELINA DE GRECIA
EN CASA DE AN.¹⁰ S.^N
MARTÍN, DÍA XXIV
DE JUNIO FIESTA
DE S.^N JUAN
BAUTISTA
M.CMXIII

=



